

TLATOQUE

SOMOS MEXICAS



SOFÍA GUADARRAMA COLLADO

En 1429 el príncipe Nezahualcóyotl, Izcóatl, y una decena de pueblos más se unen para derrocar a Maxtla, el tirano usurpador que gobierna todo el valle del Anáhuac.

Tras la caída de Azcapotzalco, las tropas aliadas regresan a sus ciudades de origen, en donde esperan a que pronto Nezahualcóyotl sea reconocido y jurado como *huei chichimécatl tecutli* («gran gobernante chichimeca»), pero eso jamás ocurre. Mientras Chalco y Huexotla se sublevan e inician una serie de invasiones, los mexicas le exigen la mitad del *tlatocáyotl* («señorío») al Coyote hambriento, beneficio que no formaba parte del acuerdo inicial. Tras bambalinas se encuentra el astuto Tlacaélel, que mueve los hilos no para arrebatarse a su primo Nezahualcóyotl el imperio chichimeca que le heredaron sus ancestros, sino para crear uno nuevo: el *huei mexica tlatocáyotl* («gran señorío mexica»).

Enigmático y controvertido, Tlacaélel se devela como el catalizador de la *Triple Alianza*, padre de la manipulación histórica como adoctrinamiento e instrumento de exaltación de la grandeza tenochca, inventor de su propio papado, *cihuacóatl*, creador de la religión de la sangre y los sacrificios humanos, fundador del Estado mexica, *in cemanáhuac tepehua* («conquistador del mundo») y consejero supremo de cuatro tlatoque. Tlacaélel, el poder detrás del poder.

ÍNDICE

La castellanización del náhuatl

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Anexo lingüístico

Constancia de los hechos

La triple alianza

Las guerras de los mexicas

Las reformas político-religiosas

La poesía de Nezahualcóyotl

Cronología

Tlatoque (en orden cronológico)

Genealogías

Árbol genealógico tolteca-chichimeca-acolhua-tepaneca-mexica-tlatelolca

Árbol genealógico chichimeca (A)

Árbol genealógico chichimeca (B)

Árbol genealógico tepaneca

Árbol genealógico tlatelolca

Árbol genealógico mexica (A)

Árbol genealógico mexicana (B)

Árbol genealógico mexicana (C)

Árbol genealógico de tlacopan

Coatépétl

La cuenta del tiempo

La cuenta de los días

Los números en náhuatl del 1 al 13

El tiempo y los cuatro Tezcatlipocas

La cuenta de las veintenas

El ajuste de los años

La corrección bisiesta

Las cuentas existentes

La cuenta de los años

Los años se cuentan de esta manera

Personajes

Bibliografía

Sobre la autora

Notas

Para Angeli,
mi compañera de vida, mi confidente,
mi paz, mi alegría, mi amor inagotable.

LA CASTELLANIZACIÓN DEL NÁHUATL

En el náhuatl prehispánico no existían los sonidos correspondientes a las letras *b*, *d*, *f*, *j*, *ñ*, *r*, *v*, *ll* y *x*. Los sonidos que más han generado confusión son los de la *ll* y el de la *x*. La *ll* en vocablos como *calpulli*, *Tollan*, *calli*, no se pronunciaba como suena en la palabra *llanto*, sino como en *lento*; la *x* en todo momento se escuchaba como la *sh* en *shampoo*, término que proviene del idioma inglés.

Escritura	Pronunciación original	Pronunciación actual
México	Meshíco	Méjico
Texcoco	Teshcucu	Tekscoco
Xocoyotzin	Shocoyotzin	Jocoyotzin

Los españoles le dieron escritura al náhuatl en castellano antiguo, pero al carecer del sonido *sh* utilizaron una *x* que hizo la función de comodín.

A pesar de que en 1492 Antonio de Nebrija ya había publicado *Gramática de la lengua castellana*, el primer canon gramatical en lengua española, éste no tuvo mucha

difusión en su época y la gente escribía como consideraba acertado.

La ortografía difería en el empleo de algunas letras: *f* en lugar de *h* (*fecho* > *hecho*); *v* en lugar de *u* (*avnque* > *aunque*); *n* en lugar de *m* (*tanbién* > *también*); *g* en lugar de *j* (*mugeres* > *mujeres*); *b* en lugar de *u* (*çibdad* > *ciudad*); *ll* en lugar de *l* (*mill* > *mil*); *y* en lugar de *i* (*yglesia* > *iglesia*); *q* en lugar de *c* (*qual* > *cual*); *x* en lugar de *j* (*traxo* > *trajo*, *abaxo* > *abajo*, *caxa* > *caja*); *y* *x* en lugar de *s* (*máxcara* > *máscara*).

Es por lo anterior –y para darle a la lectura de esta obra una sonoridad semejante a la original– que el lector encontrará palabras en náhuatl escritas con *sh* y una sola *l*, como en *Meshíco* y *Tólan*, que hoy día se representan con *x* y *ll* (*Meshíco* > *México*), en lengua náhuatl, es *kh* (sin sonidos vocales *ka* o *ke*). Por lo tanto, náhuatl se pronuncia náhuakh. Otros ejemplos son *Ishtlilshóchikh*, *Coatépekh*, *Popocatépekh*.

Aunque estoy consciente de que los especialistas siguen otras convenciones, y de que en el náhuatl actual la pronunciación varía de acuerdo con la zona geográfica, el criterio usado en esta novela se enfoca en sus lectores. Se trata de que, al leer estas páginas, puedan pronunciar todos los vocablos en la forma más adecuada posible.

Para los nahuas, el oriente (*tlahuiztlampa*) estaba hacia arriba, el poniente (*cihuatlampa*) hacia abajo, el norte (*mictlampa*) a la izquierda y el sur (*huitztlampa*) a la derecha. De hecho, la piedra del sol, erróneamente conocida como Calendario azteca, señala el oriente hacia arriba.

PRÓLOGO

Tras la caída del imperio tolteca, aproximadamente en el año 1051 d.C., diversas tribus llegaron al valle del Anáhuac en busca de tierras para poblar, entre ellos las chichimecas, que se establecieron hacia 1244 en el norte del lago de Teshcuco. Ahí, bajo el liderazgo de Shólotl, fundaron Tenayocan. Antes de morir, Shólotl dejó como heredero a su hijo Nopaltzin, que a su vez transfirió el poder a Tlotzin y éste a su hijo Quinatzin.

Alrededor de 1366, Quinatzin decidió mudar la sede del huei chichimeca tlatocáyotl, «el gran imperio chichimeca», al extremo oriente del lago, a Teshcuco, un lugar inhabitado pero rico en algodón, la materia prima más valiosa de la época y con la cual se tejían las mantas. Tenacacaltzin –primo de Quinatzin– lo acusó de abandonar el imperio y se autoproclamó huei chichimécatl tecutli, pero Acolhuatzin, tecutli de Azcapotzalco, también primo de Quinatzin, lo desconoció pues consideró que él era el siguiente en la línea de sucesión. Por ello, se levantó en armas y se autoproclamó señor de toda la tierra en el año 1368.

Quinatzin permaneció en Teshcuco, sin ejército ni aliados –ya que todos los pueblos vasallos se mantuvieron del lado de Acolhuatzin–, y continuó con la construcción de su nuevo palacio. Sin embargo, poco a poco fue haciéndose de leales que se sumaron a sus filas. A tal grado llegó su liderazgo que muchos habitantes de Tenayuca decidieron mudarse a Teshcuco. En aquellos años, Quina-

tzin no mostró intención alguna de recuperar el huei chichimeca tlatocáyotl. Acolhuatzin se confió y se convirtió en un gobernante soberbio.

En el año 1378, Quinatzin reunió un ejército y, con ayuda de nuevos aliados, le declaró la guerra a Acolhuatzin, quien se rindió mucho antes de que las tropas enemigas llegaran a Tenayocan y logró recuperar el huei chichimeca tlatocáyotl. Cuando Quinatzin entró al palacio de Tenayocan, Acolhuatzin se arrodilló ante él y llorando le suplicó que no lo matara. Quinatzin le perdonó la vida y le permitió mantener sus tierras, lo cual provocó en Tezozómoc un rencor hacia su padre que no desapareció jamás.

Tras la muerte de Quinatzin, su hijo Techotlala heredó el imperio. A su vez, Tezozómoc sucedió a su padre Acolhuatzin en Azcapotzalco, pero se negó a pagar tributo al huei chichimeca tlatocáyotl. A pesar de que buscó la forma de que Tezozómoc rindiera vasallaje, Techotlala no tuvo éxito en su objetivo. Aun así, no le declaró la guerra y ambos señoríos se mantuvieron en calma.

Años después Tezozómoc y Techotlala se encontraron en Meshíco Tenochtítlan, en la boda de Huitzilíhuítl y Ayaquíhuatl, hija de Tezozómoc. El huei chichimécatl tecutli le propuso al tepanécatl tecutli unir a sus hijos en matrimonio. El señor de Azcapotzalco aceptó y le entregó a su hija Tecpatlshóchitl para que se casara con Ishtlilshóchitl. Veinte días más tarde, una embajada de Teshcuco llegó a Azcapotzalco con la hija de Tezozómoc e informaron al tepanécatl tecutli que el príncipe Ishtlilshóchitl le devolvía a Tecpatlshóchitl porque no le gustaban sus modales. Tezozómoc enfureció, pero guardó su rencor. Tecpatlshóchitl, humillada y sumamente triste, rogó a su padre que la enviara a uno de sus palacios de descanso para estar sola. Sin embargo, tiempo después se quitó la vida.

Poco antes del suicidio de Tecpatlshóchitl, Techotlala envió una embajada a Azcapotzalco para que entregara una invitación de la boda entre Ishtlilshóchitl y Matlacíhua-

tl, hermana de Huitzilíhuítl, tlatoani de Meshíco Tenochtítlan. Consciente del agravio que había perpetrado, el huei chichimécatl tecutli preparó sus tropas para un enfrentamiento, pero Tezozómoc jamás siguió adelante con el conflicto y esperó. Tras la muerte de Techotlala, en 1409, Tezozómoc se negó a reconocer a Ishtlilshóchitl como huei chichimécatl tecutli y cinco años más tarde, en 1414, el joven heredero le declaró la guerra, pero perdió y murió en campaña, en 1418, con su hijo Nezahualcóyotl de dieciséis años como mudo testigo de la muerte de su padre, escondido en la copa de un árbol.

Terminada la guerra contra Teshcuco, Tezozómoc fue reconocido y jurado como huei chichimécatl tecutli. Nezahualcóyotl se dio a la fuga y permaneció cinco años prófugo, hasta que Tezozómoc, ya muy anciano, le perdonó la vida y le permitió vivir en un palacio de Cílan. Cuatro años más tarde, en su lecho de muerte, Tezozómoc tuvo pesadillas, que un agorero interpretó como malos augurios que podían evitarse si mataba a Nezahualcóyotl. Entonces el anciano ordenó la persecución del Coyote hambriento.

Días antes de su muerte, en el año 1428, Tezozómoc nombró a su hijo Tayatzin como heredero, lo cual enfureció a su hijo Mashtla, el primogénito que, tras el deceso del anciano, se autoproclamó huei chichimécatl tecutli, mató a su hermano Tayatzin y ordenó el asesinato de Tlacateotzin –tecutli de Tlatelolco– y Chimalpopoca, señor de Tenochtítlan. Entonces los meshícas eligieron a su cuarto tlatoani, Izcóatl, y se aliaron con Nezahualcóyotl para levantarse en armas contra Mashtla, quien inmediatamente envió a sus tropas a bloquear la isla.

En 1429, comenzó la guerra contra Azcapotzalco, la cual duró cuarenta y cinco días. Al final, Nezahualcóyotl entró furioso a Azcapotzalco, ordenó que mataran a todos los miembros del consejo tepaneca y persiguió a Mashtla hasta los temazcalis (baños). Los soldados lo sacaron a rstras y lo llevaron a la plaza principal, en donde Nezahual-

cóyotl le cortó la cabeza y le sacó el corazón, al terminar destruyeron la ciudad tepaneca.

Días más tarde Nezahualcóyotl visitó Meshíco Tenochtlán, donde se hicieron grandes fiestas con danzas, banquetes y sacrificios a los dioses, entre los cuales murieron muchos soldados enemigos. Las tropas aliadas volvieron a sus pueblos a descansar y a disfrutar del despojo a los vencidos.

Sólo faltaba que reconocieran y juraran al Coyote hambriento como huei chichimecatecutli. Los meshícas invitaron a Nezahualcóyotl a su isla a disfrutar de un majestuoso banquete, al cual asistió gustoso el príncipe chichimeca en compañía de todas sus concubinas, hijos, ministros y aliados. Estaba seguro de que los tenoshcas habían preparado todo para celebrar su jura. Al llegar descubrió que los miembros del Consejo estaban en sesión para elegir a su nuevo miembro. Izcóatl, por ser el tlatoani, no podía estar presente, así que esperó con Nezahualcóyotl.

«Tengo entendido que sólo pueden ser seis y la única forma para que elijan a otro es porque uno de ellos murió», preguntó Nezahualcóyotl. «¿Cuál de los miembros del Consejo murió?». «Totepehua», respondió Izcóatl. «Murió mientras estábamos en la guerra. Ya era muy viejo... El más anciano de todos». «Lo siento», comentó Nezahualcóyotl. «Yo más. Era mi mejor consejero. El más sabio de todos», comentó el tecutli meshíca. Ambos se mantuvieron en silencio por un instante largo. Luego el tlatoani le comentó que en los últimos meses el Consejo estuvo trabajando en varias reformas. «¿Reformas sin tu consentimiento?», preguntó Nezahualcóyotl algo confundido. «Tras el secuestro de Chimalpopoca, el Consejo no estuvo autorizado para tomar decisiones. Entonces han llegado a la conclusión de que ellos deben tener mayores facultades. Lo cual implica que yo, es decir, el tlatoani, estaría por debajo del Consejo. Cualquier decisión que quiera tomar, ellos la tienen que aprobar», explicó Izcóatl. «Pero eso es

absurdo...», Nezahualcóyotl no podía creer lo que escuchaba. «Al final son ellos quienes eligen al tlatoani. Ellos creen que también deben ser quienes guíen al tlatoani para que no se convierta en un tirano como Mashtla», dijo el tecutli meshíca. «¿Y tú estás de acuerdo?», preguntó el Coyote sediento. «No del todo, pero admito que tienen razón. Cuando Mashtla mandó secuestrar a Chimalpopoca, nosotros...». El príncipe chichimeca interrumpió a su tío: «Sobre eso... Necesito decirte algo...». «¿Qué?», Izcóatl miró intrigado a su sobrino. «Quien mandó secuestrar a Chimalpopoca fue...».

El heredero del huei chichimeca tlatocáyotl no pudo concluir lo que iba a decir, pues en ese momento salieron los miembros del Consejo y los candidatos. Izcóatl se puso de pie para escuchar el resultado. «Los miembros del Consejo hemos aprobado las reformas a nuestras leyes de gobierno –informó Azayoltzin–. Asimismo, hemos elegido como sexto miembro del Consejo al honorable Tlacaélel». Nezahualcóyotl se perdió entre la multitud que se acercó para felicitar al nuevo sacerdote y miembro del Consejo. Inmediatamente llevaron a todos a la sala principal para disfrutar del banquete.

El príncipe chichimeca permaneció en silencio la mayor parte del tiempo. Se sentía sumamente incómodo. Sólo quería regresar a Teshcuco. Había planeado permanecer en Tenochtitlan los días que fueran necesarios si acaso se llevaba a cabo su jura, pero dadas las circunstancias decidió volver a Teshcuco y él mismo organizar la ceremonia. Entonces se puso de pie, se dirigió a Izcóatl y se despidió. Y antes de dar media vuelta para abandonar la sala, decidió dejar claro que ya debían reconocerlo como huei chichimécatl tecutli. Entonces uno de los miembros del Consejo se puso de pie y caminó hacia el Coyote ayunado. «Querido y respetable príncipe Nezahualcóyotl –dijo Azayoltzin–, los miembros del Consejo hemos dialogado mucho sobre los acontecimientos y hemos llegado a la con-

clusión de que el huei chichimeca tlatocáyotl debe ser dividido entre Teshcuco y Tenochtitlan». «¿De qué hablas?», la mirada de Nezahualcáyotl se mantuvo fija. No podía creer lo que acaba de escuchar. «Ése no es el acuerdo que teníamos». «Ahora lo es», intervino Tlacaélel, de pie, a un lado del sacerdote Azayoltzin.

Es en este punto donde comienza nuestra historia...